



**CÁMARA DE
DIPUTADOS**
LEKIN EGOKIATUAN



**H. CÁMARA DE DIPUTADOS
LXIV LEGISLATURA**

MESA DIRECTIVA

Dip. Porfirio Muñoz Ledo
Presidente

Dip. Dolores Padierna Luna
Dip. Marco Antonio Adame Castillo
Dip. Dulce María Sauri Riancho
Vicepresidentes

Dip. Karla Yuritzi Almazán Burgos
Dip. Mariana Dunyaska García Rojas
Dip. Ma. Sara Rocha Medina
Dip. Héctor René Cruz Aparicio
Dip. Lizeth Sánchez García
Dip. Julieta Macías Rábago
Dip. Mónica Bautista Rodríguez
Dip. Lyndiana Elizabeth Bugarín Cortés
Dip. Lilia Villafuerte Zavala
Secretarios

JUNTA DE COORDINACIÓN POLÍTICA

Dip. Mario Delgado Carrillo
Presidente y Coordinador del Grupo Parlamentario de MORENA

Dip. Juan Carlos Romero Hicks
Coordinador del Grupo Parlamentario del PAN

Dip. René Juárez Cisneros
Coordinador del Grupo Parlamentario del PRI

Dip. Jorge Arturo Argüelles Victorero
Coordinador del Grupo Parlamentario del PES

Dip. Reginaldo Sandoval Flores
Coordinador del Grupo Parlamentario del PT

Dip. Itzcóatl Tonatiuh Bravo Padilla
Coordinador del Grupo Parlamentario de MC

Dip. Verónica Beatriz Juárez Piña
Coordinadora del Grupo Parlamentario del PRD

Dip. Arturo Escobar y Vega
Coordinador del Grupo Parlamentario del PVEM

**H. CÁMARA DE DIPUTADOS
LXIV LEGISLATURA**

CONSEJO EDITORIAL

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PES

Dip. Ricardo De la Peña Marshall, *titular*
PRESIDENCIA

GRUPO PARLAMENTARIO DE MORENA

Dip. Hirepan Maya Martínez, *titular*
COORDINADOR DEL ÓRGANO TÉCNICO

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PAN

Dip. Annia Sarahí Gómez Cárdenas, *titular*
Dip. María Eugenia Leticia Espinosa Rivas, *sustituto*

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PRI

Dip. Brasil Alberto Acosta Peña, *titular*
Dip. Margarita Flores Sánchez, *sustituto*

GRUPO PARLAMENTARIO DE PT

Dip. José Gerardo Fernández Noroña, *titular*

GRUPO PARLAMENTARIO DE MC

Dip. Alan Jesús Falomir Sáenz, *titular*

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PRD

Dip. Abril Alcalá Padilla, *titular*
Dip. Frida Alejandra Esparza Márquez, *sustituto*

GRUPO PARLAMENTARIO DEL PVEM

Dip. Lyndiana Elizabeth Bugarín Cortés, *titular*
Dip. Rogelio Rayo Martínez, *sustituto*

SECRETARÍA GENERAL

Mtra. Graciela Báez Ricárdez

SECRETARÍA DE SERVICIOS PARLAMENTARIOS

Lic. Hugo Christian Rosas De León

**DIRECCIÓN GENERAL DE SERVICIOS DE DOCUMENTACIÓN,
INFORMACIÓN Y ANÁLISIS**

Dr. Samuel Rico Medina

CENTRO DE ESTUDIOS DE LAS FINANZAS PÚBLICAS

CENTRO DE ESTUDIOS SOCIALES Y DE OPINIÓN PÚBLICA

CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL LOGRO DE LA IGUALDAD DE GÉNERO

CENTRO DE ESTUDIOS DE DERECHO E INVESTIGACIONES PARLAMENTARIAS

**CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL DESARROLLO RURAL SUSTENTABLE Y LA SOBERANÍA
ALIMENTARIA**

SECRETARÍA TÉCNICA

C.P. Pablo Alcázar Sosa

ASESORÍA Y ASISTENCIA PARLAMENTARIA

Mtro. Abraham Barba Baeza
Lic. Rafael Bastard Bastard

COORDINACIÓN Y ENLACE EDITORIAL

Lic. Carlos Israel Castillejos Manrique

ADOLFO GILLY

FELIPE ÁNGELES,
EL ESTRATEGA



CÁMARA DE
DIPUTADOS
LXIV LEGISLATURA



FELIPE ÁNGELES, EL ESTRATEGA

Primera edición: 2019

ISBN: 978-607-445-534-2

DR © 2019, Ediciones Era, S.A. de C.V.

Centeno 649, 08400 Ciudad de México

Oficinas editoriales:

Mérida 4, Col. Roma, 06700 Ciudad de México

LXIV Legislatura de la H. Cámara de Diputados

Av. Congreso de la Unión, Núm. 66

Alcaldía de Venustiano Carranza

Col. El Parque, C.P. 15960, Ciudad de México

Edificio E, Planta Baja, Ala Sur

Tel. 5036 0000 Exts. 51091 y 51092

<http://diputados.gob.mx>

Todos los derechos reservados.

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reproducción gráfica y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin previa autorización de los autores, propietarios o poseedores de los derechos y del editor.

Ésta es una publicación de distribución gratuita y con fines de difusión cultural.

Queda prohibida su venta.

Impreso en México / *Printed in Mexico*

Índice

A manera de prólogo (1980)	15
I. A LA HORA SEÑALADA	19
1. Un domingo a las seis de la tarde	21
2. Toda la prensa de Francia...	30
3. Un destierro encubierto	43
4. La rebelión del Norte	50
5. Ciudad Juárez	74
6. Los Tratados, la renuncia, la profecía y el tigre.	92
II. EL DESTIERRO	101
7. Biografía	103
8. El coronel escribe un manifiesto	112
9. Madero entre Huerta y Zapata	120
10. El regreso: el Colegio y la ciudad	131
11. José González Salas, general	142
III. LA DECENA TRÁGICA	149
12. La guerra del Sur, la guerra del Norte	151
13. Los conspiradores	167
14. El 9 de febrero	180
15. El viaje a Cuernavaca	203
16. El cerco se cierra	212
17. Punto de viraje	226
18. Maniobras en la oscuridad	238
19. Último aviso	249

20. En la embajada	257
21. Desenlace	266
IV. EXILIO Y REGRESO	283
22. De Lecumberri a París	285
23. De París a Sonora: el regreso a las armas	292
24. Sonora: un estilo de gobierno	309
25. Calixto Contreras: un estilo de combate	323
26. La caída de Durango	340
27. La División del Norte	348
V. EL GENERAL ENCUENTRA SU DESTINO	353
28. Torreón: la llegada y la victoria	355
29. San Pedro de las Colonias: la victoria y los sueños	382
30. Desembarco en Veracruz	404
31. La encrucijada militar	434
32. Hacia la capital del Primer Jefe	446
33. “Los fronterizos nacen dragones”	451
34. Antes de la batalla	457
35. Paredón	462
36. Después de la batalla	478
VI. LA DESOBEDIENCIA	495
37. Jueves de Corpus	497
38. “¿Quién les ordenó fueran a meterse a lo barrido...?”	507
39. Elogio de la artillería	521
40. Los torneos simbólicos: recibimientos, banquetes y cumpleaños	526
41. El día de la ruptura	535
VII. LA TOMA DE ZACATECAS	548
42. Hacia Zacatecas	551
43. La batalla	577
44. Zacatecas, 23 de junio	602

45. Los pactos, la guerra, la revolución campesina	614
46. Lo que el inglés vio	633
VIII. LA RUPTURA	643
47. Las palabras y las cosas	645
48. Aquellos sueños de Chapultepec	655
49. Teoloyucan	664
50. Primavera	674
IX. EPÍLOGO	681
51. De aquella gran División del Norte	683
52. Felipe Ángeles camina hacia su muerte	715
AGRADECIMIENTOS	745
FUENTES	747
ÍNDICE ONOMÁSTICO	761

Para Tessa Brisac

*Quién sabe por qué razón
me anda buscando ese nombre.
Me gustaría saber
cómo habrá sido aquel hombre.
Alto lo veo y cabal,
con el alma comedida,
capaz de no alzar la voz
y de jugarse la vida.*

Jorge Luis Borges,
Milonga para Jacinto Chiclana

*Cuánto más fácil es escribir a favor o en contra
de Lutero que escrutar su alma.*

Marc Bloch,
Apología para la historia

*La historia no dirá una palabra acerca de mí,
porque no lo merezco. Soy un polvo insignifi-
cante que el viento de mañana barrerá.*

Felipe Ángeles,
Discurso de Parral, 22 de abril de 1919

*Después de todo, ya sabremos
lo que ocultaba la esperanza*

Ida Vitale,
El revés de la vida

A manera de prólogo (1980)

Hay dos clases de seres humanos: aquellos que apartan la muerte de su pensamiento para vivir mejor y más libremente y aquellos otros que, por el contrario, se sienten vivir con más fuerza y más inteligencia cuando la acechan en cada una de las señales que ella les hace llegar a través de las sensaciones de su cuerpo y de los azares del mundo exterior. Esas dos clases de mentes no se amalgaman nunca. Lo que unos llaman una manía morbosa es para los otros una heroica disciplina.

Marguerite Yourcenar,
Mishima o la visión del vacío

Nunca me pareció fácil ubicar la figura del general Felipe Ángeles en la Revolución mexicana. Como es ley para los vencidos, el barniz opaco del silencio –tal vez de la calumnia– la ha cubierto a través de los años. Los intentos de rescate han venido de voces aisladas; la última –a mi conocimiento– la de la obra de teatro de Elena Garro.¹ Más por intuición y por algunos rasgos de su persona que surgen de sus escritos, antes que por los testimonios, me ha parecido ver como uno de esos rasgos distintivos una rectitud de carácter que no es común en quienes se dedican a la política y que, dentro de ese mundo, suele llevar consigo el signo de la derrota.

El general Ángeles fue maderista por convicción y continuó siéndolo hasta el fin, pero no lo fue, a cuanto sé, por interés de propietario, que no lo era. Cuando tuvo que combatir el zapatismo en sus inicios, su combate fue ambiguo y, para la reacción, ineficaz. Ángeles entraba al frente de sus tropas en Morelos, miraba a los campesinos, consideraba sus vidas y se negaba entonces a hacer la guerra de los generales franceses en Argelia, de los generales estadounidenses en Vietnam o de los generales argentinos en Argentina. No era un buen general. Hubo que sustituirlo por Juvencio Robles.

Resultó ser, por el contrario, un magnífico general cuando, asesinando el presidente Madero y el vicepresidente Pino Suárez y sublevado el Norte contra el general Victoriano Huerta, puso sus conocimientos

¹ Elena Garro, *Felipe Ángeles* [1967], UNAM, México, 1979.

militares al servicio de la División del Norte y dirigió, con Pancho Villa, esa obra maestra del arte militar que fue la batalla de Zacatecas. Esa batalla dio además una obra literaria entre las mejores de su género: los partes donde Ángeles describe los combates de esos días y anota sus reflexiones al respecto. (Tan distintos y distantes esos partes de los de Álvaro Obregón como la distancia de carácter y de destino que separa a ambos generales.)

Felipe Ángeles, por lealtad y convicción, y tal vez también por natural ambición de quien se siente superior y quiere defender hasta el final aquello que cree justo, tomó partido por los perdedores de la tercera guerra civil de la Revolución, aquélla entre villistas y obregonistas. También es posible que hayan influido en él, según lo declaró en el Teatro de los Héroe en Chihuahua, en vísperas de su fusilamiento, los debates de la Soberana Convención de Aguascalientes (donde su representante, el mayor Federico Cervantes, tuvo después una de las posiciones más conservadoras). Lo cierto es que siguió la suerte adversa de la División del Norte. Antes de la última batalla del Bajío, en 1915, quiso y aceptó ser enviado a Estados Unidos por su Estado Mayor y allá quedó después como exiliado.

Del exilio, donde su reflexión y su evolución están marcadas en sus escritos y en sus cartas, regresó a fines de 1918 para sumarse a las bandas guerrilleras que todavía encabezaba Villa en Chihuahua y tratar de convertirlas en un ejército regular.

Su ambición, a esta altura, era políticamente conservadora: quería regresar a la Constitución de 1857, cuando ya en Querétaro se había sancionado la de 1917. Pero detrás de esa aspiración tal vez se escondía aquella rectitud de un hombre que encontraba una notable dificultad para adecuar los medios que esa rectitud le sugería a los fines que su formación política le incitaba a perseguir.

El proyecto de Ángeles al cruzar la frontera en diciembre de 1918 era irreal y en el fondo de su espíritu algo se lo decía. También en sus cartas de entonces está escrito, así como un signo de fatalismo lo está en las cartas y escritos últimos de Ernesto Che Guevara cuando se dirige a Bolivia. Y si uno a ambos hombres aparentemente tan lejanos por formación, por época y por perspectiva política, es porque creo que están emparentados por algo más profundo: un irreductible sentimiento de justicia y de deber que conforma y da una cierta similitud a las empresas sin esperanza con que los dos cierran sus vidas, y a su actitud calma y estoica ante la muerte.

La de Felipe Ángeles la relata con transparencia insuperable Nellie Campobello en *Cartucho*, el libro de sus recuerdos de niña envuelta en el turbión de la guerra civil en el Norte. No puedo dejar de citarla aquí, cuando refiere cómo vio al general esa niña que fue:

Ya lo habían fusilado. Fui con mamá a verlo, no estaba dentro de la caja, tenía un traje negro y unos algodones en las orejas, los ojos bien cerrados, la cara como cansada de haber estado hablando los días que duró el consejo de guerra –creo que fueron tres días–. Pepita Chacón estuvo platicando con mamá, no le perdí palabra. Estuvo a verlo la noche anterior, estaba comiendo pollo, le dio mucho gusto cuando la vio: se conocían de años. Cuando vio el traje negro dejado en una silla, preguntó: “¿Quién mandó esto?” Alguien le dijo: “La familia Revilla”. “Para qué se molestan, ellos están muy mal, a mí me pueden enterrar con éste”, y lo decía lentamente, tomando su café. Que cuando se despidieron le dijo: “Oiga, Pepita, ¿y aquella señora que usted me presentó un día en su casa?” “Se murió, general, está en el cielo, allá me la saluda.” Pepita aseguró a mamá que Ángeles, con una sonrisa caballerosa, contestó: “Sí, la saludaré con mucho gusto”.

El hijo del general, llamado también Felipe Ángeles, pide ahora que se construya el postergado –¿o jamás proyectado?– monumento a su padre en la Ciudad de México y sugiere medios para hacerlo. Si los monumentos tienen alguna importancia, el general villista tiene tanto o más derecho al suyo que muchos otros protagonistas de la Revolución cuyas efigies se alzan en plazas y glorietas de la ciudad.

Creo, por mi parte, que la imagen que persiste y nadie puede sustituir por monumentos o borrar no construyéndolos está en la coherencia entre la vida y las obras de quienes cruzaron por la historia, grandes y pequeños, conocidos y desconocidos. No las que dicen los libros oficiales, sino las que quedan en las cartas, en los escritos, en los recuerdos de los contemporáneos, en el estilo y en la conducta. Ningún monumento alcanza a tapan la mezquindad del alma, así como ninguno reemplaza la generosidad de las decisiones.

Me atrevo a pensar que encontrarían bastante de ésta y difícilmente aquélla quienes, historiador o historiadora, con la pasión y la objetividad de su oficio, se dedicaran a reconstruir la trayectoria y la vida de Felipe Ángeles. Encontrarlos, estimularlos y darles los medios materiales para ese trabajo sería contribuir a rescatar las luces, las som-

bras y el legado de una de las figuras más solitarias y trágicas entre los jefes de la Revolución.

Ciudad de México, 4 de enero de 1980²

² Este escrito se publicó en el periódico *Uno Más Uno*, México, 4 de enero de 1980. Fue reproducido después en Adolfo Gilly, *Arriba los de abajo*, Océano, México, 1986, pp. 59-62. En investigaciones y recopilaciones históricas serias se han publicado desde entonces, abordadas con respeto y con apreciaciones y matices diversos, la trayectoria y la personalidad de Felipe Ángeles. Aparecen en la bibliografía de este volumen.

I

A LA HORA SEÑALADA

1. Un domingo a las seis de la tarde

“Circulan alarmantísimos rumores, no confirmados, de que en casi todo el país estalló la revolución”: así decía el lunes 21 de noviembre de 1910 el encabezado de la primera plana de *El Tiempo*, diario católico de la ciudad de México.

Sonaba casi como un eco hecho realidad del Plan de San Luis, aquel singular documento donde Francisco I. Madero llamaba al pueblo de México a rebelarse armas en mano: “He designado el domingo 20 del entrante noviembre, para que de las seis de la tarde en adelante, en todas las poblaciones de la República se levanten en armas bajo el siguiente Plan”.¹

Para esta revolución, cuyas fecha y hora se anunciaban en público desde inicios de noviembre cuando empezó a circular el Plan, Madero había estado reuniendo adhesiones, recursos y armas a uno y otro lado de la frontera norte, como conspirador práctico y no como el soñador que a veces nos pintan.²

En carta a José María Maytorena desde San Antonio, Texas, el 26 de octubre, Madero explicaba las razones de esta publicidad sobre una conspiración:

La fecha que he fijado de un modo definitivo y que por ningún motivo variaré es el día 20 de noviembre próximo.

¹ *Plan de San Luis. Manifiesto a la Nación*, en *Diccionario histórico y biográfico de la Revolución mexicana*, INEHRM, México, 1992, t. VI, p. 178.

² Edgar Urbina Sebastián, *Catálogo parcial del Archivo Francisco I. Madero, perteneciente a la SHCP (cajas 1-23): Madero, los preparativos y la dirección de la revolución de 1910*, tesis de licenciatura en Historia, UNAM, 2005, y Santiago Portilla, *Una sociedad en armas: Insurrección antirreeleccionista en México, 1910-1911*, El Colegio de México, México, 1995, pp. 83-84.

Como me parece muy importante que el levantamiento sea simultáneo y general en toda la República me he decidido a decir la fecha en el Manifiesto, a fin de que no haya vacilaciones en el ánimo de ninguno de nuestros correligionarios.³

En la misma carta pasaba Madero al aspecto práctico de la cuestión, las armas, del cual por otra parte ya se estaba ocupando personalmente:

Si quiere usted que le mande armamento, puede usted situarme algunos fondos para ello. Tengo ofrecimiento de unas carabinas Springfield que eran las que usaba antes el ejército americano y que me ofrecen a \$ 1.50 oro cada carabina. El parque vale \$ 20.00 el millar. También me ofrecen Beaumont de repetición, de cinco tiros, también del ejército americano, a \$ 1.75 y el parque a \$ 30.00 millar.

A continuación, Madero esbozaba un plan concreto de las primeras acciones armadas en Sonora:

Así que usted puede calcular lo que le pueda mandar de armamento y decirme a qué punto de la frontera, a fin de que la víspera o la antevíspera de que se rompan las hostilidades pueda pasarse ese armamento ya en son de guerra y armar a todo Cananea, pues si logran ustedes que Cananea caiga en manos nuestras, será fácil interrumpir las comunicaciones ferrocarrileras para que manden fuerzas federales a batirlos y en muy pocos días puedan organizar un cuerpo formidable para libertar todo el estado de Sonora.

En caso de que esta operación tuviese algunas vías de seriedad, quizás sería conveniente que usted personalmente la encabezase, por ser el que tiene más probabilidades de éxito.

De este modo, además de proponerse repartir armas a toda la población minera de Cananea, instaba al futuro gobernador a ponerse al frente de la insurrección. Y no sólo eso, pues así proseguía la carta:

³ Francisco I. Madero a José María Maytorena, 26 de octubre de 1910, Archivo José María Maytorena, Pomona College, Claremont, California (en adelante, AJMM-PC), caja I, fólder 6, exp. 17. La carta agregaba: "Le remito con el portador diez ejemplares del manifiesto y otros diez de un manifiesto al ejército para que los distribuya usted con la mayor prudencia y reserva, pues sería peligrosísimo que cayese uno de ellos en manos del enemigo".

No sé si habrá usted explorado el ánimo de algunos jefes y oficiales de la guarnición, pues casi todos los oficiales y jefes jóvenes simpatizan casi abiertamente con nosotros, y estoy seguro que llegado el momento se pasarán.

El portador de la presente le lleva una clave para que con ella me escriba usted.

En esta mezcla de realidades prácticas y materiales en cuanto al armamento inicial y de sueños insurreccionales acerca de la disposición de muchos a tomar esas armas, se sustentaban los términos del llamado con que concluía el Plan de San Luis:

Conciudadanos: No vaciléis pues un momento: tomad las armas, arrojad del poder a los usurpadores, recobrad vuestros derechos de hombres libres y recordad que nuestros antepasados nos legaron una herencia de gloria que no podemos mancillar. Sed como ellos fueron: invencibles en la guerra, magnánimos en la victoria.

Una proclama paralela invitaba al Ejército Federal a la insurrección: “voltead las armas contra el enemigo común”, decía, e invocaba como ejemplo en ese año de 1910 “la brillante actitud del ejército portugués que, colaborando eficazmente con el pueblo, logró derrocar a la caduca monarquía para sustituirla por el glorioso régimen republicano”.⁴ La revolución portuguesa había ocurrido el 5 de octubre de ese año, el mismo día en que Francisco I. Madero fechó el Plan de San Luis.⁵

Madero esperaba una insurrección inmediata y general. “Según los datos que tengo es casi seguro que toda la República responderá desde luego a mi llamado y que por lo menos veintiún estados se levantarán en armas entre el 19 y el 20 de noviembre”, escribía en su carta de

⁴ “Manifiesto al Ejército Mexicano”, noviembre de 1910, Archivo Francisco I. Madero, Secretaría de Hacienda y Crédito Público (en adelante, AFIM-SHCP), ff. 5875-5877, también en ff. 5895-5899; reproducido en Federico González Garza, *La Revolución mexicana: Mi contribución político-literaria*, A. del Bosque Impresor, México, 1936, pp. 465-67.

⁵ La revolución del 5 de octubre de 1910 derribó a la monarquía en Portugal e instauró la Primera República. Iniciada por sectores del ejército con el apoyo de fuerzas de la Marina, ganó rápido apoyo popular. “No es posible hacerse una idea del entusiasmo en toda la ciudad. El pueblo está enloquecido de satisfacción. Se puede decir que toda la población de Lisboa se ha volcado en las calles aclamando a la República”, informaba ese día el diario *O Mundo* de Lisboa.

octubre a Maytorena. Y, una vez más, al cierre de la misiva volvía a su obsesión sobre la cuestión de las armas:

Escríbame sus cartas en sobre para los Srs. F. Croos & Company Bankers y la carta dentro de otro sobre dirigida a mí.

Si usted gusta mandarme algunos fondos para que le remita armamento, puede mandarme en endose ya sea a mí o a esos banqueros.

Quizás usted tenga oportunidad de adquirir sus armas en San Francisco, California, lo cual sería mejor porque más pronto estarían en su destino.

Ya que va a jugar el todo por el todo, creo muy conveniente que hagan un esfuerzo usted y sus amigos, pues con unos cuarenta mil pesos pueden comprar armamento suficiente para asegurar el éxito de su campaña.

En espera de sus gratas noticias, quedo su amigo que mucho lo aprecia y su atto. s. s.

Fco. I. Madero

Ese 21 de noviembre casi toda la República Mexicana estaba tranquila o al menos así lo parecía. En la ciudad de Puebla, Aquiles Serdán sí había preparado una rebelión armada para la fecha y hora señaladas. Fue descubierto y tuvo que adelantar la acción al 18 de noviembre, cuando la policía ya se le venía encima. Rodeado en su casa por fuerzas muy superiores, se resistió con las armas a su alcance y lo mataron junto con parte de su familia, mientras otros fueron apresados. Allí al menos la revolución parecía concluida.⁶ En tanto, allá en el Norte, en el pequeño pueblo de Cuchillo Parado, Chihuahua, los núcleos maderistas se habían sublevado y remontado a la sierra el 13 de noviembre, a la espera de que llegara el día 20.

Francisco I. Madero, puntual, había cruzado el río Bravo el 20 de noviembre antes del amanecer. En el lugar y a la hora convenidos no aparecieron las armas ni los hombres. Por fin, pasadas las cuatro de la tarde llegó Catarino Benavides. En lugar de los trescientos hombres previstos venían apenas diez con cuatro carabinas, seis pistolas y escaso parque. Sin disparar un tiro, decepcionado pero no desalentado en sus propósitos, Madero se regresó a Estados Unidos para intentar un nuevo inicio, ahora desde Nueva Orleans.

⁶ *El Tiempo*, México, 21 de noviembre de 1910; *El Imparcial*, México, 19 y 20 de noviembre de 1910, y *El País*, México, 19 y 20 de noviembre de 1910.

La mirada de Friedrich Katz, al considerar este momento, registra una excepción que iba a tener larga historia:

La única rebelión seria que tuvo lugar en noviembre y diciembre de 1910, cuando la mayor parte del país estaba aún tranquilo y en paz, sucedió en el estado de Chihuahua. Pero lo que en efecto ocurrió allí fue algo más que un simple movimiento armado o un alzamiento. Fue una verdadera insurrección de las masas.

Cuando Francisco I. Madero lanzó su llamado, pudo equivocarse en su evaluación de las fuerzas que constituirían el núcleo de la revolución, pero acertó en esencia al juzgar que México estaba maduro para un levantamiento revolucionario.⁷

Sin embargo, vista en ese día tanto desde los puestos de mando de los conspiradores como desde el gobierno federal, la rebelión armada del 20 de noviembre había fracasado. Así lo registró en los días sucesivos toda la prensa de la capital, *El Tiempo* incluido.⁸

El 25 de noviembre el embajador de México en Estados Unidos, Francisco León de la Barra, informaba al secretario de Relaciones Exteriores sobre el tenor de sus gestiones en Washington:

el agitador Madero se halla en territorio de los Estados Unidos y como claramente ha violado las leyes de neutralidad, el embajador de México se permite comunicarlo al Departamento de Estado con la seguridad de que el gobierno norteamericano dará una nueva prueba de su respeto y de su amistad a México ordenando que se aprehenda a dicho individuo.⁹

En otras latitudes del gran territorio mexicano sombras varias se movían. Pero, aun siendo visibles, desde aquellos lugares sus contornos no eran todavía discernibles: como la guerra de Troya de Jean Giraudoux, la revolución maderista no había sucedido. Y sin embargo...¹⁰

⁷ Friedrich Katz, *Pancho Villa*, Era, México, 2000, t. 1, p. 73.

⁸ Sobre los primeros tiempos de la insurrección, véase S. Portilla, op. cit., pp. 83-91.

⁹ Ibid., p. 271.

¹⁰ Ibid., pp. 242-43 y 271; Charles Cumberland, *Madero y la Revolución mexicana*, Siglo XXI, México, 1977, pp. 145-47, y Jean Giraudoux, *La guerre de Troie n'aura pas lieu* (1935); en español: *No habrá guerra de Troya*.

Y sin embargo, la proclama de rebelión armada, cívica y democrática llamada Plan de San Luis Potosí, además de declarar en su artículo 1° nulas e inexistentes las elecciones celebradas en junio y julio de 1910 y de desconocer en su artículo 2° el gobierno de Porfirio Díaz y demás autoridades provenientes de esas elecciones –“el fraude electoral más escandaloso que registra la historia de México”–, traía en su artículo 3° una carga de profundidad que para los pueblos rurales de la vasta latitud mexicana daba contenido y sentido a su llamado:

Abusando de la ley de terrenos baldíos, numerosos pequeños propietarios, en su mayoría indígenas, han sido despojados de sus terrenos, ya por acuerdo de la Secretaría de Fomento, o por fallos de los Tribunales de la República. Siendo de toda justicia restituir a sus antiguos poseedores los terrenos de que se les despojó de un modo tan inmoral, o a sus herederos, que los restituyan a sus primitivos propietarios, a quienes pagarán también una indemnización por los perjuicios sufridos. Sólo en el caso de que esos terrenos hayan pasado a tercera persona antes de la promulgación de este plan, los antiguos propietarios recibirán indemnización de aquellos en cuyo beneficio se verificó el despojo.

La palabra maldita: *despojo*, la que condensa en sus tres sílabas todos los abusos, los desprecios, las vejaciones y las humillaciones por parte de los poderosos, los hacendados y los señores de tierras y vidas, sufridos durante generaciones y generaciones, era lanzada por un señor de aquéllos, despojado ahora de sus derechos y de su victoria electoral. El llamado a tomar las armas no venía de un desposeído, un pobre, uno que trabajara con sus manos, sino de uno de esos señores y era sincero, como lo había probado con los recorridos, los actos y las palabras de su campaña electoral y con la cárcel sufrida en consecuencia.

Ahora bien, en el vasto Norte mexicano, donde la vida de cada día se confundía –se confunde aún, que nadie se engañe– con el díscolo Oeste al otro lado de la frontera, las sencillas y varias armas de mano estaban en las casas de los rancheros y los vaqueros y los mineros, y en la costumbre y los modos de usarlas según los saberes y la experiencia de los hombres y las mujeres que habían nacido, crecido y vivido en aquellas latitudes y habían sufrido humillaciones, desprecios y despojos. ¿Cómo no alzarse en armas, como lo hicieron, al grito de “ahora es cuándo”?

Así nació en aquellas tierras de frontera la Revolución mexicana.

Por esos días el coronel Felipe de Jesús Ángeles Ramírez estaba en Francia en misión de estudio y perfeccionamiento iniciada en marzo de 1909 en la Escuela de Aplicación de Fontainebleau y después en la Escuela de Tiro de Mailly. En 1910 había participado en las maniobras del ejército francés en la frontera con Alemania.¹¹ Andaba entonces por sus cuarenta años de edad.

Cuando comenzó la revolución maderista se encontraba en la ciudad de Orleáns. El 24 de noviembre de 1910 envió desde allí un mensaje a la Secretaría de Guerra y Marina pidiendo su regreso a México para reincorporarse a las filas del Ejército Federal:

Toda la prensa de Francia informa de que en México ha estallado la guerra civil. Por ello creo que en realidad nuestro país está envuelto en una lamentable guerra fratricida. Deseo compartir la amargura común y espero que se me llamará y se utilizarán mis servicios en el ejército con un mando de tropas. Tengo el honor, mi general, de hacer a usted presentes mi subordinación y respeto.¹²

“Amargura común” y “guerra fratricida”, decía el coronel, y concluía con un pedido: “mando de tropas”. En el texto iba implícita una opinión sobre la situación política que nadie le había solicitado ni tocaba a un coronel dar desde Europa. Por otra parte, las noticias de los periódicos franceses eran confusas, contradictorias y a veces alarmistas. En la carta, que denotaba una cierta impaciencia por el regreso, Ángeles se apresuraba a dar su propia interpretación.

Recibió rápida y escueta respuesta. El 13 de diciembre de 1910 el Departamento de Artillería de la Secretaría de Guerra y Marina le informó: “no hay nada de cierto en lo que la prensa de Francia publica. El país está tranquilo y si desgraciadamente ocurre algo, se le llamará a usted, como desea”.¹³

¹¹ Byron L. Jackson, *Felipe Ángeles: Político y estratega*, Gobierno del Estado de Hidalgo, México, 1989, p. 22.

¹² Archivo Histórico de la Defensa Nacional, Ramo Cancelados (en adelante, AHDN-RC), exp. Felipe Ángeles, XI/III/1-17, t. 3, f. 523.

¹³ Federico Cervantes, *Felipe Ángeles y la revolución de 1913: Biografía (1869-1919)*, s. p. i., México, 1942, p. 20. Esta demanda de Ángeles “fue mal recibida”, anota Cervantes, y más bien sirvió para prolongar “su permanencia en el extranjero”. Es posible que esta apreciación la haya recibido del mismo Ángeles (B. L. Jackson, op. cit., p. 22).

Allá en México, en ese mes de diciembre, el país no estaba tan tranquilo. Algo ya había ocurrido. El día 3 Calixto Contreras, vecino de Cuencamé, Durango, había invadido la hacienda de Sombreretillo con doscientos hombres armados. En Chihuahua, Pascual Orozco, el día 4, con quinientos hombres armados había tomado Ciudad Guerrero. Maclovio Herrera y Guillermo Baca, el 6, habían ocupado San Pablo Balleza. Abraham González y Toribio Ortega desde el día 6 tenían bajo asedio a Ojinaga.¹⁴

El 11 de diciembre, Francisco Salido con unos cuatrocientos cincuenta hombres había atacado Cerro Prieto, bien guarnecido por novecientos federales al mando del general Juan J. Navarro. Las fuerzas federales, superiores en número, en mandos y en organización, rechazaron a los atacantes. En la retirada, Francisco Salido murió. El general Navarro ordenó el incendio de casas de supuestos partidarios de Pascual Orozco, el fusilamiento de varios vecinos de Cerro Prieto y otras represalias. Según los relatos de la época, éstas fueron feroces:

Aunque las bajas fueron pocas en ambos bandos, Navarro consiguió muchos prisioneros y quiso dar un fuerte escarmiento a los rebeldes. Mandó rematar a los heridos con el uso de bayoneta y a varios de ellos ordenó quemarlos vivos. Entre ellos a dos de los más queridos de Orozco, uno de ellos su tío Alberto Orozco. Algunas mujeres del pueblo, de las que se sabía eran parientes o simpatizantes de los insurrectos, ordenó Navarro cintarearlas en público. Entre las víctimas inocentes, “pacíficos” como les llamaban, fusilaron a veintidós personas, entre ellas tres ancianos mayores de ochenta años. Todos los informes de la época coinciden en que esto acabó de inflamar los ánimos de los serranos y finalmente contribuyó a una gran simpatía popular hacia Orozco y su gente.¹⁵

En represalia, en Ciudad Guerrero, ocupada por los oroquistas, fueron fusilados Urbano Zea, ex jefe político de la ciudad, y otros prisioneros.¹⁶ La guerra tomaba su color oscuro. La represión cruel de Cerro Prieto tendría secuelas para el general.

¹⁴ S. Portilla, op. cit., pp. 471-74.

¹⁵ Pedro Siller y Miguel Ángel Berumen, 1911: *La batalla de Ciudad Juárez*, t. 1: *La historia*, Cuadro por Cuadro, Chihuahua, 2004, p. 52. Referencia de los autores: una narración detallada de la batalla, en Tomás F. Serrano, *Episodios de la Revolución en el estado de Chihuahua*, s. e., El Paso, 1911, pp. 199-224.

¹⁶ *Diccionario histórico y biográfico de la Revolución mexicana*, cit., t. II, pp. 513-16.

Pascual Orozco Vázquez, que por entonces frisaba los treinta años de su edad, pertenecía a una familia acomodada de la región, que cultivaba sus propias tierras. Su padre, también Pascual, nacido en 1859, había sido simpatizante del Partido Liberal y el 19 de noviembre de 1910 se había alzado en armas al llamado del Plan de San Luis. El hijo trabajó como agente de carga para el mineral de la compañía Río de Plata y manejaba también sus propias recuas con sus arrieros para otros encargos: “En San Isidro compraba todo el metal que lo llevaba un montón de arrieros”.¹⁷ Conocía la sierra, sus caminos y sus gentes.

“Su autoridad tradicional había crecido gracias al apoyo de sus numerosos familiares, diseminados por todo el distrito de Guerrero, y de sus muchos amigos”,¹⁸ anota Friedrich Katz. Estaba relacionado con los estadounidenses del ferrocarril y de las minas y, según los informes federales, “era un gran tirador de carabina”. No tardaría en adquirir fama y mando propio en la insurrección que se iba extendiendo por el Norte.

“El país está tranquilo” respondía, a mitad de ese diciembre, la Secretaría de Guerra y Marina al impaciente coronel Felipe Ángeles, “y si desgraciadamente ocurre algo, se le llamará a usted, como desea”. Algo estaba ocurriendo: Chihuahua, Durango, Coahuila, el Norte se habían alzado en armas, y en los combates de esos días se estaba formando lo que después vendría a ser la División del Norte.

Allí esperaba su suerte al coronel.

¹⁷ Graziella Altamirano, “Movimientos sociales en Chihuahua, 1906-1912”, *La revolución en las regiones*, Universidad de Guadalajara, Guadalajara, 1984, t. I, p. 44. “Pascual tuvo más escuela al principio, porque lo dedicaron sus padres a estudiar y aprovechó un poquito [...]. En la Revolución me lo querían mucho, más que al mismo Madero”, dijeron en 1973 su primo Luis Solís y Samuel Fierro, veteranos de la Revolución, a Ximena Sepúlveda, su entrevistadora en la ciudad de Chihuahua.

¹⁸ F. Katz, op. cit., t. I, p. 115.

2. Toda la prensa de Francia...

¿De dónde sacaba y en qué sustentaba su opinión sobre la situación mexicana, tan distinta de la de sus jefes en México, el coronel Felipe Ángeles?

“Toda la prensa de Francia”, decía su carta del 24 de noviembre. Sí, esa prensa estaba dedicando especial atención a los sucesos de México.¹ Puede suponerse que Ángeles y los mexicanos por entonces en Francia la seguían ávidamente. Ahora bien, sus noticias no diferían mucho de la primera reacción de *El Tiempo* de México: “Circulan alarmantísimos rumores...”

El 20 de noviembre de 1910 varios periódicos de París –*Le Journal*, *Le Petit Parisien*, *La Presse*– informaban que en México se habían producido “disturbios sangrientos”, a propósito de la rebelión de Aquiles Serdán en Puebla, sofocada el 18 de noviembre. “Cien muertos en Puebla”, decía uno de ellos. “Una rebelión estalla en Puebla. Combates en México”, titulaba *Le Matin*. Entre el 20 y el 21 de noviembre, *Le Petit Journal*, *L'Écho de Paris*, *Le Temps*, *La Liberté*, *L'Aurore*, *L'Humanité* y *Le Figaro* presentaron esa misma versión sobre el enfrentamiento entre

¹ Debo y agradezco a Anne-Marie Mergier, corresponsal en París de la revista mexicana *Proceso*, la cuidadosa investigación sobre la prensa francesa en los días iniciales de la Revolución. Las referencias corresponden a las copias de los periódicos citados cada día (en cuyo caso la traducción es mía), o al reporte especial de Anne-Marie Mergier en *Proceso*, n. 1820, México, 18 de noviembre de 2007: “Como una novela...”, “Cabildeo en París” y “El dinero como trasfondo”. En dicho reporte Mergier anota: “En 1910 había en Francia unos cuarenta y cinco diarios, entre los cuales destacaban *Le Petit Journal*, *Le Petit Parisien* y *Le Matin*, que vendían un millón de ejemplares. Casi a la par de éstos estaba *L'Écho de Paris*, con un tiraje ligeramente inferior. Luego venían unos cuarenta diarios, que reflejaban el complejo espectro ideológico francés de la llamada *Belle Époque*, con tirajes que oscilaban entre cuarenta y ochenta mil ejemplares. Casi todos llegaban a las ciudades más pequeñas de provincia”.

la policía y la familia Serdán: dieciocho muertos según el parte policial, cien según otros testimonios.

Con estas noticias despertaron aquel día augural el coronel Ángeles y su familia. La prensa francesa sería en los días siguientes su ventana sobre México.

Le Temps, el gran periódico de París afín a los grandes capitales franceses invertidos en México, informaba el 23 de noviembre:

Ayer se produjeron encarnizados combates en Durango, Torreón, Parral y Gómez Palacio. Esta última ciudad cayó en manos de los rebeldes. Un destacamento de trescientos hombres de las tropas gubernamentales se habría unido a los revolucionarios y habría atacado a los leales en Torreón. Habría veinticinco muertos en Zacatecas, donde el gobierno controla la situación.

Le Matin publicaba la misma información y el 24 de noviembre agregaba que, según informes del embajador de Estados Unidos en México, “los revolucionarios atacaron Gómez Palacio (Durango) el 21 y la tomaron. Liberaron a los presos. Fueron rechazados, con diecisiete muertos. Trescientos revolucionarios atacaron Parral y Chihuahua”. *La Croix*, periódico católico, daba también esas noticias.

Ese 24 de noviembre *Le Petit Journal* publicó dos despachos sobre la situación mexicana provenientes de Estados Unidos. Uno venía de El Paso, Texas:

El combate comenzado el martes por la noche en Torreón sigue todavía: dos mil revolucionarios se encuentran cerca del río, seiscientos soldados defienden la ciudad. Muchos revolucionarios estarían muertos, pero los rebeldes habrían logrado hacer retroceder a los soldados, un centenar de los cuales estarían presos. Se habla de otro combate serio en los alrededores de San Isidro, cerca de Chihuahua, que estaría amenazada por ocho mil o diez mil revolucionarios.

En San Isidro se había sublevado Pascual Orozco. El otro despacho venía de Nueva York: “A las dos de la tarde, según un telegrama de Piedras Negras, Madero se habría autoproclamado presidente del gobierno provisional de México. Pide a sus seguidores que respeten los intereses extranjeros”. También ese día *L'Écho de Paris* hacía saber que, según un informe proveniente de Berlín, en esa ciudad “corría un ru-

mor según el cual el presidente Díaz habría sido asesinado. Trasmíto esta noticia con todas las reservas del caso”, agregaba el corresponsal.

Este cúmulo de informaciones confusas, alarmantes y convergentes tenía el coronel sobre su mesa ese 24 de noviembre de 1910, cuando sus sentimientos, sus presentimientos y sus impulsos lo llevaron a escribir aquella carta a sus superiores en México.

Al día siguiente, 25 de noviembre, el portavoz más autorizado que el gobierno de México podía haber tenido, José Yves Limantour, ministro de Finanzas, por esos días en París en gestiones para la contratación de préstamos, dio una entrevista especial a *Le Temps*.² Con su distante calma aristocrática y en el perfecto francés de la familia Limantour, el ministro declaró que las noticias acerca de México eran falsas o exageradas al extremo. Éstas fueron sus palabras:

No he querido desmentir en lo más mínimo esas noticias sensacionales, pues dada mi calidad de miembro del gobierno soy sospechoso de optimismo. Me sorprende que las agencias hayan podido reproducir sin reservas ni control tales despachos, también sospechosos en otro sentido, pues son inventados en su totalidad en la región de la frontera, foco de una agitación impotente alimentada por todos los *outlaws* y los refugiados mexicanos.

Las informaciones de los franceses interesados en los asuntos mexicanos ponen la cuestión en su lugar. En cuanto a mí, todo lo que puedo decir es que hubo un conflicto entre la policía y unos anarquistas en Puebla, donde hubo diez muertos, y no cien. Hubo también algunos disturbios en Orizaba y, se dice, también en Zacatecas, pero los despachos aquí recibidos, del Banco Nacional de México y del director de la gran fábrica textil de Orizaba, dicen que el orden ha sido restablecido.

Limantour declaró haber recibido un cable de su subsecretario de Relaciones Exteriores: “Sin novedad”, decía. “En cuanto al señor Madero”, prosiguió Limantour, “el supuesto presidente provisional” ahora refugiado en San Antonio, Texas, era un “exaltado”, cuya candidatura presidencial “nadie tomó en serio”:

² Sobre la estirpe, las propiedades agrarias en el norte de México y California y los orígenes turbios de la riqueza de la familia Limantour a partir de José Yves Limantour (padre) a mediados del siglo XIX, véase F. Katz, *Pancho Villa*, cit., t. 1, pp. 34-35.

Madero es un espiritista que se dice inspirado por el espíritu de Benito Juárez para regenerar la democracia mexicana. Riquísimo, nieto de un ex gobernador de Coahuila, ha dedicado toda su fortuna a la propaganda anarquista y socialista en todos los grandes centros industriales mexicanos y esto explicaría la agitación registrada en Puebla y Orizaba. [...] Orizaba, Torreón, Gómez Palacio, grandes centros de hilanderías de algodón, Parral, centro de la industria minera, están trabajados por los elementos anarquistas que nos vienen sobre todo de Barcelona. El arresto del anarquista Serdán, cuya hermana mató al jefe de policía de un pistoletazo, provocó el conflicto de Puebla.

Era una “agitación demagógica” proveniente de Europa, “explotada por Madero” y exagerada en los despachos originados en Texas:

También la geografía de México resulta [en esos despachos] muy maltratada. Madero está en todas partes a la vez: en Coahuila, en Chihuahua, en Torreón, lugares separados entre sí por cientos de kilómetros. El general Bernardo Reyes, ex ministro de Guerra, que según esas noticias se ha puesto al frente del movimiento, en este momento está tranquilamente en París.

¿Qué más puedo decirles, para mostrarles la exageración y la falsedad de las noticias lanzadas desde Texas y encima amplificadas por la prensa sensacionalista norteamericana?

Sólo quiero agregar, en lo que toca a la actitud del gobierno de Estados Unidos en cuanto a la neutralidad en la frontera, que esa actitud es perfectamente correcta.

No sabemos cuál haya sido la reacción del coronel Ángeles al leer esta entrevista al día siguiente de la fecha de su carta. Las informaciones del ministro José Yves Limantour eran lo opuesto de aquellas en las cuales él había confiado. Decían también lo contrario en cuanto a las apreciaciones sobre el estado de ánimo de la sociedad mexicana. A un jefe militar en misión en el extranjero no le está permitido divergir de este modo de su gobierno, aun en una carta reservada dirigida a sus superiores, ni tampoco exaltarse y perder la serenidad o la circunspecta reserva en sus opiniones políticas por unas cuantas noticias de la prensa extranjera.

La carta del coronel era en sí misma contradictoria, pues mientras se ponía a las órdenes del gobierno para combatir de su lado “con un mando de tropas”, hablaba de “una guerra fratricida”, es decir, entre

hermanos, en la cual el país estaba “envuelto” y de ahí la “amargura común”. En cambio, Limantour declaraba que no había tal guerra, la paz reinaba en México y todo se reducía a una “agitación puramente demagógica y socialista” llevada a los centros industriales por anarquistas extranjeros, y a “algunos disturbios” rápidamente sofocados, todo aprovechado y estimulado por un “exaltado espiritista”, “riquísimo”, que “ha dedicado toda su fortuna a la propaganda anarquista y socialista”, el señor Madero.

Una vez más había quedado el coronel Felipe Ángeles descolocado ante sus superiores –en *porte-à-faux*, como habría dicho Limantour en su límpido francés.

Dos días después, el 27 de noviembre, en una segunda entrevista en *L'Écho de Paris*, periódico de tendencia conservadora, el ministro mexicano remachaba y cerraba la cuestión. José Yves Limantour recibió al periodista en su alojamiento del hotel Majestic.

“De estatura alta y hermosa, el señor Limantour se expresa con una elegancia superior, sin rebuscamientos, pero con una elección de sus términos que muchos de nuestros hombres de Estado le envidiarían”, anotó y comentó el entrevistador. “No tiene usted por qué asombrarse”, observó Limantour: “Soy de origen bretón y he conservado el mayor afecto por Francia, cuyos intereses financieros, industriales y comerciales en México se cifran en cientos de millones. ¿No le parece natural?”

“Con una leve punta de melancolía”, observaba el periodista, Limantour dijo haber visto “con cierto asombro” la facilidad con que la prensa francesa había acogido noticias fantásticas sobre su país, cuando estaban al alcance fuentes serias para establecer la sencilla verdad. Y pasó a explicar esa verdad en términos similares a los empleados por *Le Temps*, aunque con ribetes sociológicos más sutiles:

Debido al considerable desarrollo de sus empresas industriales y comerciales México ha sufrido, como sucede por todas partes, el contragolpe de la civilización. La instrucción pública se ha extendido en todo el país. Pero la instrucción es un arma de doble filo: ¿acaso no lo muestra la experiencia en Francia y en otros países?

En las diversas concentraciones de población obrera engendra ideas de liberación social, de revuelta, cuidadosamente alimentadas por agitadores políticos ambiciosos o iluminados. Aquéllas sueñan con un Estado mejor,

sobre todo si pudieran encontrar cómo encabezarlo, y terminan poniéndose a remolque de estos exaltados.

Por eso el señor Madero, hombre de unos treinta años de edad, imbuido de ideas socialistas y dueño de cierta fortuna, sólo puede ser considerado un espíritu exaltado, arrastrado tal vez más allá de lo que él quisiera por los demagogos y los pocos anarquistas que encuentra en los centros industriales y mineros de México.

Madero tenía entonces treinta y siete años y había estudiado en Francia, pero Limantour, ante *L'Écho*, a sabiendas le rebajaba la edad y los estudios, tal vez para que los datos correspondieran mejor a su descripción del personaje.

Después explicó los sucesos de Puebla en los mismos términos que en su entrevista precedente a *Le Temps*: la policía había restablecido el orden en el territorio y todo se reducía ahora a un lejano foco:

Sólo en un lugar allá en el fondo del estado de Chihuahua se ha pedido la intervención del Ejército Federal para perseguir a una banda de ciento cincuenta hombres que se rebelaron y se refugiaron en la Sierra Madre, cuyos excesos, si no se los apresa, pueden ser peligrosos para los habitantes de las regiones vecinas a aquellas montañas. ¡Están allá como en las abruptas montañas de Córcega! A esto se reducen los disturbios.

¡Córcega, Córcega! ¿Cuál geniecillo burlón inspiró en ese momento la imaginación de José Yves Limantour para que comparara la alta sierra de Chihuahua, de donde Pancho Villa vendría, con las abruptas montañas de Córcega, de donde había venido Napoleón?

No dejó pasar el ministro la ocasión de deslizar una crítica al entonces gran rival de Francia en sus inversiones mexicanas, Estados Unidos:

La vecindad con Texas nos causa muchas preocupaciones. Este estado de la Unión Americana, con el cual estamos unidos por cuatro líneas ferroviarias, da lugar a mil dificultades y molestias.

En las fiestas recientes del centenario de la Independencia todas las naciones representadas pudieron comprobar la tranquilidad de nuestro pueblo y las costumbres democráticas de los miembros del gobierno. En cuanto al presidente Díaz, elegido por sexta vez, se paseaba por las calles sin escoltas ni policías entre las aclamaciones del pueblo.

Mayor no podía ser la distancia entre las inquietas percepciones del coronel y las aseveraciones de calma y orden del más autorizado representante de su gobierno. “Guerra fratricida”, ¿cuál? “Amargura común”, ¿por qué? “Mando de tropas”, ¿para qué?

José Yves Limantour era sincero en su entrevista. Pero allí donde en realidad se estaba ante los violentos inicios de una rebelión nacional de raíz agraria, su mirada sólo alcanzaba a ver disturbios aislados y pasajeros en dos o tres centros industriales, provocados por agitadores anarquistas y socialistas extranjeros con el apoyo de un aristócrata mexicano, “un espíritu exaltado”.³ Sin embargo, más allá de sus declaraciones tranquilizadoras esta combinación entre extremos de la sociedad porfiriana no puede haber dejado de despertar cierta inquietud en el fino espíritu del ministro mexicano.

Terco como era en sus convicciones, es difícil pensar que aquellas entrevistas de Limantour hayan convencido al coronel Ángeles. Pero es seguro que lo preocuparon. Más todavía cuando el periódico que salió a rebatir acremente al ministro de Finanzas fue el órgano del Partido Socialista, dirigido por Jean Jaurès.⁴ El 29 de noviembre *L'Humanité* publicó un apasionado y bien informado artículo en defensa de Francisco I. Madero, titulado “La revolución mexicana” y subtítulo “El jefe del partido pacifista encabeza las fuerzas revolucionarias”:

³ En el prólogo a su *Historia de la Revolución rusa* (1930) León Trotski escribe: “El retraso crónico de las ideas y las relaciones humanas respecto de las condiciones objetivas, hasta el momento en que éstas se desploman sobre las cabezas como un cataclismo, es lo que en un periodo de revolución engendra ese movimiento exaltado de las ideas y las pasiones que a las mentes policiales les parece ser un mero resultado de los ‘demagogos’ y sus actividades” (León Trotski, *Historia de la Revolución rusa*, 2 vols., Zyx, Madrid, 1974).

⁴ Anne-Marie Mergier nos dice: “Jean Jaurès, una de las figuras más destacadas de la izquierda francesa del siglo XX, tenía un doble objetivo cuando fundó *L'Humanité* en 1904: quería que fuera ‘un instrumento de unificación del movimiento socialista francés’ y pretendía convertirlo también en una de ‘las palancas de la lucha revolucionaria contra el capitalismo’. Al diario no le fue fácil abrirse paso en el ámbito periodístico de Francia, pero en 1910 ya tiraba ochenta mil ejemplares y, a pesar de su radicalismo, tenía impacto en círculos políticos y diplomáticos. *L'Humanité* fue el único periódico que reaccionó ante la campaña de descrédito que José Yves Limantour orquestó contra Francisco I. Madero en *Le Temps*, *L'Écho de Paris* y *Le Figaro*. Más aún, fue el único rotativo que vislumbró el rápido surgimiento del proceso revolucionario en México” (A.-M. Mergier, op. cit.).

El hombre que hoy está al frente del movimiento revolucionario mexicano es una figura muy simpática y digna del mayor interés. El señor Francisco I. Madero es un pacifista por convicción y por temperamento. Ha predicado siempre la calma y la propaganda dentro de la más estricta legalidad. Su entrada en la arena política data del día en que Porfirio Díaz declaró en un discurso que saludaría con gusto la aparición en la vida pública de un partido de oposición capaz y bien organizado.

Madero entonces se puso a hacer propaganda y tuvo la ingenuidad de intentar una revolución pacífica en el régimen de gobierno mexicano. Quería una administración honesta y de bajo costo. Quería que la república fuera algo más que una palabra vana. Se proponía, en fin, educar a la masa del pueblo para llegar a establecer en México una democracia donde el régimen parlamentario y el sufragio universal fueran los únicos medios para gobernar.

Las ideas republicanas de Madero descritas en el periódico socialista tenían cierta consonancia con las que el mismo Ángeles había ya expresado públicamente en México sobre el ejército y la educación que, como se verá, dos años antes le habían valido un severo arresto. No podía el coronel haber dejado de advertirlo. Proseguía *L'Humanité*:

Madero pronto pudo darse cuenta de cuán tramposos eran esos deseos expresados por el tirano Porfirio Díaz, pues en cuanto el partido de oposición empezó a hacer propaganda y a fundar organizaciones, aparecieron las persecuciones y las trampas de todo tipo. Pese a ello, Madero no se desalentó. Continuó su propaganda y en las últimas elecciones presentó su candidatura a la presidencia de la República. Al hacerlo no pensaba en la elección: su único objetivo era intensificar la acción de su partido. Sin embargo el tirano tomó medidas contra él y llegó hasta a encarcelarlo en Monterrey, días antes de la elección.

Explicaba después *L'Humanité* que Madero, “víctima de las persecuciones de la banda porfirista”, había tenido que refugiarse en Estados Unidos. Ya “sin esperanzas en la lucha legal”, proseguía, se decidió a combatir al régimen “con el único medio que le quedaba: la violencia”.

Era evidente que a propósito de la revolución en México el periódico de Jean Jaurès se estaba adentrando en una polémica, vivaz en esos años en el socialismo francés y europeo, acerca de la legitimidad de la violencia en la defensa de la legalidad republicana. Madero, agregaba

la extensa nota, “no dudó en preparar un levantamiento armado y tuvo el valor, él, pacifista por excelencia, de ponerse al frente de una columna y de comprometerse personalmente en la lucha por las libertades del pueblo”.

Era una nota editorial de primera plana, inicialada F. B. El Madero que describía era la contrafigura del personaje descrito por Limantour a *Le Temps*. Concluía con un alegato en defensa de la república y en favor de la rebelión maderista:

Saludamos en la persona de Francisco I. Madero al hombre valiente que ha sabido convertirse en el apóstol de la honestidad y de la justicia contra los Porfirio Díaz, Ramón Corral y consortes que, después de haber encabezado partidas de bandidos, se han apoderado del gobierno de un gran pueblo y han prostituido el régimen republicano.

La polémica había quedado así instalada en la prensa francesa. Ni José Yves Limantour ni Felipe Ángeles ni Bernardo Reyes, entre otros destacados mexicanos entonces en París, podían ignorarla. Más bien, a juzgar por sus cartas y sus declaraciones –antes parcas que explícitas–, la fueron siguiendo día con día con pasión oculta y aparente calma.

El editorialista de *L'Humanité* que firmaba F. B. era Antoni Fabra i Ribas (Reus, 1879-Cambrils, 1958), socialista catalán que estudió filosofía en la Universidad de Barcelona. En 1908 había sido fundador del periódico socialista *La Internacional*. En 1909 fue miembro del comité (de anarquistas, sindicalistas y socialistas) que declaró en Cataluña la huelga general contra el envío de tropas a la guerra de Marruecos. La sangrienta represión de esta huelga quedó nombrada como la Semana Trágica de Barcelona (del 25 de julio al 1º de agosto), con una secuela de cárceles y fusilamientos, entre ellos, el de Francisco Ferrer Guardia, fundador de la Escuela Moderna. Fabra i Ribas tuvo que exiliarse en París, donde comenzó a escribir en el cotidiano de Jean Jaurès. Andaba por sus treinta años de edad y tenía ya experiencia vivida y pluma afilada.⁵

⁵ Fabra i Ribas regresó a España en 1920 y dirigió en Madrid primero *El Socialista* y después la *Revista Internacional del Trabajo* (1923-1936). Fue representante de la República Española ante el gobierno de Suiza. En 1939, derrotada la República, se exilió en Colombia y allí desarrolló actividad académica y política. Volvió a su natal Tarragona en 1950, donde murió en 1957.

Muy temprano le apostaron los socialistas franceses y catalanes a la Revolución mexicana y a la figura de Francisco I. Madero. Y fue allá donde, por primera vez, Felipe Ángeles fue testigo de esa convergencia y pudo considerar su afinidad con las ideas de Marcellin Berthelot, cuya defensa en 1908 –como se verá– le había valido su destino en Francia y, reflexivo y silencioso como era, sus sentimientos se fueron inclinando tal vez desde entonces hacia la causa democrática del rebelde Madero. Pero si así fue, esta vez se mantuvo en silencio.

L'Humanité, su director y su articulista no se quedaron allí. El martes 13 de diciembre de 1910 apareció en primera plana un cerrado ataque contra el gobierno de Porfirio Díaz y en especial contra su ministro José Yves Limantour. Tanto Limantour como Ángeles eran dueños de una aguda inquietud intelectual y vivían intensa preocupación por los destinos de su país en esos días que, por razones diferentes, para ambos resultaban aciagos. Devoradores de periódicos, los dos ciertamente tuvieron que leer ese artículo del socialista catalán Antoni Fabra i Ribas en *L'Humanité*.

El texto se anunciaba así: “Los entretelones de la oligarquía mexicana”. Más abajo, el encabezado mayor decía: “La banda porfirista en París”. Los subtítulos enlistaban dos acciones de esa “banda”: “Organiza el silencio sobre la revolución” y “Tiende una trampa al ahorro francés”. Cuando llegaron “las primeras noticias de la revolución”, escribía Fabra i Ribas, Limantour “se apresuró a hacerse entrevistar” por *Le Temps* y *L'Écho de Paris*, para “calumniar a los revolucionarios” y asegurar que el gobierno “dominaba totalmente la situación”:

A las declaraciones del señor Limantour vinieron a sumarse las que el general Reyes hizo a un redactor de *La Liberté*. Y si otros hombres y otros periódicos no han salido a atestiguar la fuerza y la popularidad del señor Porfirio Díaz y de su gobierno, posiblemente se deba a que el señor Limantour y sus agentes tenían en su juego otras cartas fuertes.

El ministro de Finanzas de México, proseguía, estaba en París por razones de negocios, como “agente de los capitalistas de Estados Unidos y de otros lugares”:

en México hay ferrocarriles que son nominalmente propiedad del Estado, pero que en realidad están bajo control del gobierno [...] y de un grupo

financiero internacional cuyos personajes más representativos son Guggenheim, Ryan y la Standard Oil Company. Suele suceder, entonces, que en el ejercicio de dicho control el gobierno mexicano –Porfirio Díaz y Limantour, digamos– no sea el más fuerte, ya que casi todas las acciones pertenecen a capitalistas de Estados Unidos.

Describía después Fabra i Ribas cómo en el Ferrocarril Central, “una concesión totalmente norteamericana”, la habilidad del señor Limantour había “conseguido la propiedad para el gobierno mexicano”. El “astuto ministro”, proseguía, había hecho comprar silenciosamente las acciones en la Bolsa de Nueva York y después había hecho “emitir bonos del Ferrocarril Central y del Ferrocarril Nacional para colocarlos en Europa”. Más aún: “Otro hombre de negocios, el señor Pimentel, director del Banco Nacional de México, tenía también acciones de su banco para ser colocadas en el Viejo Continente. El señor Limantour y el señor Pimentel están hoy en París para realizar estas dos operaciones y por eso son huéspedes de los grandes señores de las finanzas”.

Como puede verse, lo que Felipe Ángeles y otros mexicanos allá residentes podían leer en esos días en la prensa de Francia era una polémica que distaba de cuanto habrían podido encontrar entonces en la de México. Así iban viviendo el coronel Ángeles, su familia y la pequeña pero no insignificante colonia de mexicanos los lejanos sucesos de su tierra.

El flujo de noticias sobre México declinó a inicios del nuevo año. El alimento informativo de quienes allá vivían un exilio dorado o un austero destierro volvió a depender sobre todo de la correspondencia y de los viajeros. Pero el 13 de febrero de 1911 *Le Temps*, que unos meses antes había dado por inexistente la revolución en México, publicó en primera página un editorial sorprendente. Se titulaba “La insurrección mexicana”. Esto es lo que ese día pudieron leer allá el coronel y su esposa, Clara Krause:

La insurrección mexicana que el gobierno en un comienzo trató con desprecio adquiere con su recrudescencia, y en todo caso con su duración, una gravedad que llama la atención.

Como se sabe, este movimiento empezó en noviembre con algunos levantamientos de carácter demagógico y socialista en ciertos centros industriales

y mineros, especialmente en Puebla, Parral, Torreón, etcétera. Rápidamente reprimida en esos centros, la rebelión se mantenía desde entonces en estado latente en las regiones montañosas del norte limítrofes con Texas y California, en los estados de Chihuahua y Sonora.

Hasta aquí todo concordaba con el libreto de Limantour a fines de noviembre. Pero algo había estado cambiando:

Al inicio los rebeldes operaron por pequeñas bandas guerrilleras en las montañas de Chihuahua en una guerra de escaramuzas contra las patrullas de policías y tropas regulares enviadas desde los estados vecinos. Más recientemente, reforzados por aventureros norteamericanos, han logrado concentrarse en torno a Ciudad Juárez, ciudad fronteriza vecina de la ciudad norteamericana de El Paso. La lucha se ha enardecido y la fusilería de ambas partes truena sin piedad.

Es difícil medir la importancia de los contingentes rebeldes. Los despachos norteamericanos, no del todo confiables y con frecuencia procedentes de los insurrectos, los hacen variar entre mil y diez mil hombres, bien armados con cuatro cañones de tiro rápido y obuses. Además el vicecónsul de Estados Unidos en Chihuahua ha informado al Departamento de Estado en Washington que los rebeldes que operan en torno a Ciudad Juárez no son los únicos y que otra fuerza considerable controla el campo en la región minera del oeste del estado y paraliza la explotación de las minas. La fuerza rebelde de Ciudad Juárez es comandada por Pascual Orozco en nombre de Madero.

El cambio de humor de *Le Temps* era visible, también su alarma: “Durante mucho tiempo se creyó en la existencia de un estrecho acuerdo entre el gobierno de Washington y el de México. Ahora bien, en el caso actual ese acuerdo no se ve por ningún lado”, decía el editorial. Señalaba también que el gobierno mexicano había tratado de lograr la extradición del periodista maderista Juan Sánchez Azcona, pero la justicia de Estados Unidos había rechazado el pedido y lo había puesto en libertad, “dado que la acusación parecía de naturaleza política”. “Todo esto da a la situación un carácter digno de atención”, concluía *Le Temps*. “Pero no se puede negar que se ha agravado. Es de desear que el restablecimiento del orden no se demore demasiado.”⁶

⁶ Véase también Juan Sánchez Azcona, *Apuntes para la historia de la Revolución mexicana*, INEHRM, México, 1961.

Este editorial fue tomado como un punto de viraje en la actitud hacia el gobierno mexicano por parte de los capitales franceses, cuyas opiniones reflejaba *Le Temps*. El gobierno y los capitales de Estados Unidos se negaban a mostrarse hostiles a la revolución maderista, pero los de Francia seguían apostando al gobierno de Porfirio Díaz. El gran periódico de París daba la voz de alarma: a esta revolución ya es hora de tomarla en serio.

Felipe Ángeles, que por motivos y sentimientos muy diferentes lo había hecho desde el primer momento, no podía menos que sentirse reivindicado. En torno a estos temas giraban, sin duda, sus reflexiones en esos primeros meses de aquella “guerra fratricida” ahora convertida en “insurrección”.

Un mes después, en marzo de 1911, José Yves Limantour, hombre inteligente, ya estaba en Nueva York en conversaciones reservadas con los representantes de Francisco I. Madero, el “exaltado socialista espiritista” de cuatro meses atrás.⁷ También él había llegado a pensar, como el editorialista de *Le Temps* y por similares razones e intereses, que el restablecimiento del orden en México no debía demorarse demasiado.

⁷ Sobre las conversaciones en Nueva York, véase Charles C. Cumberland, *Madero y la Revolución mexicana*, Siglo XXI, México, 1977, pp. 157-58.